

Fin del viaje: tres corolarios para inquietar lo quieto

Uno. Leer es construir sentido. Construir sentido es lo que nos hace humanos, o sea rebeldes. Aunque muchas veces infructuosa, esa apasionada persecución del sentido es nuestro sol, lo que de veras nos da calor y nos ilumina.

Dos. No se lee sólo con palabras. Una ciudad, con sus calles, su carácter, su diseño, es una lectura. El modo en que se organiza una casa, la manera de poner la mesa y servir la comida, de tender la ropa, de cosechar la uva, son lecturas. Lo es la crianza que se le da al hijo. Acariciar un cuerpo es un modo de leerlo, también lo es echarle una manta encima. El Guernica de Picasso es una lectura. A la inversa, algunos amontonamientos de palabras no son ni generan lectura.

Tres. Se lee a partir de un enigma. El lector anda siempre atrás de un secreto, por encontrarlo es capaz de meterse en líos y descifrar extrañas claves. Si no hay enigma, no hay lectura. El lector avanza con sus controles en el ojo o en la mano, pero si deja de haber algo fuera de su control, algo inquietante, pierde el anhelo. El enigma de la presencia viva de los cuerpos y su contingencia, el mayor de todos, está siempre ahí, palpitando detrás de cualquier teoría, cualquier certeza. El lugar que ocupa el árbol, el hamacarse del follaje sobre mi cabeza, el modo en que la luz atraviesa el borde de una hoja -ésa en particular- a medida que la mece el viento, el ruido que hace la ramita que cae al suelo, la contundencia de la pared en que me apoyo, el gemido del perro, las humedades y tibiezas de mi cuerpo, los olores, las cosquillas, los abrazos, el pulsar de la sangre contra las arterias, el contraerse y dilatarse de los poros, el manar de jugos, las descargas eléctricas de los nervios. Ese enigma está. Es posible que nunca logremos reducirlo a lenguaje -al menos al lenguaje científico como lo entendía Wittgenstein-, y debamos pasarlo en silencio. Pero está. Y todo afán de sentido -toda lectura- derivará del asombro y la perplejidad que nos envuelve al constatar su presencia.

Si es verdad que la lectura está en crisis, como dicen que está -a pesar de que, ya hemos visto, los textos nos rodean por completo-, ¿no será que se nos perdió algo en el camino? La lengua, tal vez, la carnosa, húmeda habladora, nuestra bisagra entre el cuerpo y la palabra. Es una pieza importante: deberíamos regresar a buscarla. Nos podría ayudar en la tarea de recuperar el enigma, de volver a ponernos frente a eso que no sólo está ahí -superando heroicamente la contingencia- sino que además, como decía Walter Benjamin, está de tal manera, con tanta evidencia, que, cuando lo miro, me mira.